

¿QUÉ ES LA EDUCACIÓN HUMANISTA? APORTACIONES Y PENDIENTES*

*David Fernández***

Agradezco la invitación de los organizadores de este simposio a participar y compartir con ustedes algunas reflexiones en torno de la orientación humanista en la educación. Entro de lleno en la materia.

Mi exposición tendrá dos partes claramente identificables. En primer lugar hablaré de las características íntimas –interiores, si se prefiere- que en mi opinión ha de tener una educación de carácter humanista. Se trata de enunciar algunos rasgos que definen este tipo de educación y la contrastan con otra de índole tecnocrático o eficientista. En segundo lugar, pretendo hacer mención también de algunas características "exteriores" de la educación por la que propugnamos. Al calificarlas de exteriores no estamos diciendo que sean ajenas a la índole propia de la educación, sino que le pertenecen de una manera distinta, cualificante. Me explicaré durante la propia exposición.

En mi saludo de bienvenida a este simposio, hablaba de ustedes, educadores, como profesionales de la esperanza. Esto es así porque las ciencias de la educación apelan, de entrada, a la perfectibilidad humana, pretenden indagar en ella y propiciar el desarrollo de los seres humanos. Su objeto central son los aprendizajes, y su preocupación de fondo no es otro que el futuro de nuestra especie, de la humanidad entera.

De esta manera, más que centrar su atención en los problemas educativos inmediatos –también muy importantes-, una educación humanista aspiraría a poner los medios para esclarecer los grandes interrogantes del género humano: ¿qué sabemos de nosotros mismos?, ¿qué es lo que podemos ser?, ¿cuál es nuestro papel en el universo?, ¿hacia dónde vamos?

Así, en primer lugar, una educación humanista buscaría, pues, desarrollar en los educandos la capacidad de reflexión e indagación de fondo, la capacidad de asombro, de sorpresa, ante nuestra propia realidad como personas, y pretendería lograr que se acepten los enigmas del mundo y de la existencia como propios.

*

* Conferencia presentada en el VII Simposium Compromiso Humanista en el Cambio de Época de Departamento de Educación y Valores del Iteso

**Rector del ITESO

Hoy, por ejemplo, la revolución de la informática potencia enormemente la capacidad de conocer la realidad, pero por sí misma no ofrece respuestas a estos interrogantes profundos, si no media el encuentro humano, el cara a cara, la educación presencial. La educación humanista, entonces, se sirve de estos elementos informáticos, pero los considera insuficientes y busca complementarlos con el cuestionamiento profundo directo.

En segundo lugar, una educación humanista no sólo cultiva el desarrollo de la razón; potencia, en cambio, capacidades no estrictamente racionales para percibir y transformar la realidad; ayuda a intuir, a recrearla, gozarla, adivinarla. Estas capacidades son en la vida tanto o más importantes que las racionales. Ahí están, para atestiguarlo, la teorías sobre la inteligencia múltiple, la filosofía zubiriana que habla de la inteligencia sentiente o de la sensibilidad inteligente y los hallazgos psicológicos sobre la parte derecha del cerebro.

Todos somos conscientes de que los ideales de disciplina y uniformidad que postula la educación tradicional temen a los actos libres, castigan la fantasía y la aventura. Aún hoy, en esta institución reputada por su orientación humanista, existen maestros que exigen de sus alumnos la repetición exacta de los textos que les proponen para memorizar.

Así, la libre interpretación, la lectura participativa y, sobre todo, las artes y las disciplinas "culturales" se encuentran arrinconadas, no son experiencia esencial de formación. Las calificaciones suelen medir sólo conocimientos, no la imaginación ni la libertad ni el gozo. Así, nuestras escuelas, lamentablemente, suelen empobrecer, más que enriquecer al sujeto.

Una educación humanista debería llevar a relativizar –sin despreciar, por supuesto- el ideal de la ciencia exacta y comprobable, del pensamiento duro. Debería, por el contrario llevar a despertar la sensibilidad e introducir en el mundo que habita la loca de la casa: la imaginación. Enseñar a pensar sin sofocar la inconformidad, la inventiva; entregar la tradición sin empañar la mirada de quien mira al mundo por primera vez.

En tercer lugar, es necesario recordar que en el corazón de toda educación está planteada la pregunta por la ética: por los valores, por el destino del ser humano, por el ejercicio responsable de la libertad. Entender que el "otro" está en nosotros - como dice Octavio Paz-, es tarea central de una educación humanista y es condición fundadora de toda moral. Una educación humanista hace comprender nuestra propia indigencia y nuestra apertura intrínseca frente a los demás; la responsabilidad que tenemos frente a los "otros" que habrán de venir en el futuro, así como la dignidad compartida de todos los seres humanos.

Para Pablo Latapí, viejo amigo, humanista y pedagogo, es esta triple apertura, al misterio, a la belleza y a la plenitud de nuestra libertad, lo que lleva a la educación humanista a formular "visiones desiderativas" del mundo.¹ En efecto, sin utopías no hay avance humano ni educación humanista: la educación sin utopía sería inconcebible, contradiría su tarea de mejoramiento constante del ser humano, su propósito de mantener a la persona siempre abierta a mejores posibilidades y en rumbo hacia la excelencia humana y profesional. Las utopías no son, hay que decirlo con fuerza, un falseamiento de la realidad, sino un recurso necesario para explorar sus posibilidades reales.

No es posible hablar, pues, de educación humanista sin poner en juego el deseo, la fantasía, la reflexión profunda, la libertad y la utopía.

Esto por cuanto corresponde a la índole interna del humanismo educativo.

Procedamos ahora a exponer algunas características "externas" –no como exterioridad, pero como características visibles- de una educación de carácter humanista, tal cual la concibo en nuestras precisas coordenadas históricas geográficas latinoamericanas. En el fondo, lo que alegraré es que para ser verdaderamente humanista, la educación ha de situarse históricamente, dentro de las contradictorias relaciones humanas.

Ortega y Gasset dice que la vida es una faena que se hace hacia adelante. Por ello, como he dicho ya varias veces, las disciplinas educativas sólo son tales en la medida en que son visionarias, en la medida en que invierten el orden tradicional en el cual se parte del pasado, de lo ya hecho o logrado, se analiza el presente y después se avizora el futuro. La ciencia educativa procede a la inversa. Al hacerlo, apuesta por un futuro ciertamente incierto y plural, pero que se constituye como un desafío estimulante. Y así, el sentido del educador es siempre la apuesta por un futuro mejor para los hombres y las mujeres, y para la sociedad entera.

Si esto es así, si la educación se hace mirando por un futuro mejor para todos, entonces considero que nuestro humanismo estaría trunco si no lo calificamos como un humanismo social, por tanto alejado de las corrientes más pragmáticas e individualistas del pensamiento educativo. Porque si bien es cierto que queremos una educación efectivamente centrada en el crecimiento de la persona, también pretendemos la humanización de las estructuras sociales, de las condiciones de vida de las mayorías, de la economía, del comercio, del trabajo y de la empresa.

Esto quiere decir, entre otras cosas, que la escuela, la universidad y las aulas no pueden ser espacios monopólicos y privilegiados del aprendizaje. Los escenarios tienen que ampliarse a los contextos comunitarios, familiares, laborales, a los diferentes ámbitos de la realidad social, a cuyas necesidades y cuestionamientos el conocimiento generado en las instituciones de educación superior debe responder e incorporar.

El humanismo que pretendemos es social, sí, pero también, en esta circunstancia, popular y latinoamericano, referido a nuestra concreta realidad mayoritaria e histórica. La excelencia de nuestra universidad, por ejemplo, no está ni puede estar en igualar los estándares de especialización de las universidades de Harvard o de Oxford, a riesgo de generar elites por completo ajenas a nuestros propios intereses y tradiciones.

La excelencia de nuestra universidad está en dominar nuestra propia realidad nacional, en formar una conciencia de transformación y en aportar eficazmente nuestros valores y pensamiento al proceso de cambio. Una universidad hoy, en México, no puede prescindir de la vocación regional o nacional propia, de la realidad de las inmensas mayorías que pueblan nuestro territorio; debe, por el contrario, estar en conocimiento de lo que nos ha tocado en suerte, en saber lo que se hace y debería hacerse.

Así, la búsqueda de la excelencia académica y de la calidad y la eficiencia que pretende todo programa educativo, para que no se convierta en elitismo intelectual, tiene que ser el resultado de un proceso que se realice a través de la investigación integrada a la docencia, de la inserción en la vida regional mediante el

servicio social y la práctica profesional, de la reflexión teórica activada por la experimentación y la participación en los concretos procesos de transformación de la realidad.

El paradigma educativo humanista es, por eso, dialógico: en permanente intercambio con la realidad siempre cambiante, y como seres humanos siempre en transformación. Respeta, entonces, la diferencia y nos hace capaces de entrar en diálogo y comprender la pluriculturalidad y la plurinacionalidad.

El humanismo, pues, que proponemos como sustento de la educación en nuestro país es un humanismo social-popular, históricamente situado. Y si es históricamente situado, tiene que incorporar dentro de sí la dimensión de género, para que haga avanzar en la equidad a hombres y mujeres; reivindique lo femenino como algo valioso y propio de todos, en su diferencia y en contradicción con una sociedad y educación generalmente jerarquizada y patriarcal.

Hasta aquí los rasgos internos y externos que, creo, caracterizarían un humanismo educativo para nuestro tiempo. Mucho hay avanzado, por cierto. Pero en esta, como en muchas otras materias, siempre hay más camino por andar, y no está de más el tratar de tener siempre delante de nuestros ojos la ruta que nos hemos propuesto seguir, a riesgo de extraviarnos y llegar a donde no queríamos.

Nota

Latapí Sarre, Pablo. "Las fronteras del hombre y la investigación educativa", en *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol.IV, núm.12, mayo/agosto de 1998, pp.81-92.